

Capítulo General de la Orden de los Hermanos Menores

Asís, 21 de Mayo de 2015

Hechos, 11, 1-18
Salmo 22 (23): el Señor es mi pastor
Lc. 5, 1-11

Introducción a la Eucaristía

Queridos hermanos,

Esta mañana ustedes implorarán nuevamente el Espíritu Santo, para que los inspire y guíe en la búsqueda del nombre del hermano que él ha elegido, para que sea el Ministro general durante los próximos 6 años. Lo harán, después de agradecerle su Pascua a Nuestro Señor en esta Eucaristía, misterio de perdón, de vida y de gozo, de fraternidad y de misericordia, con la cual Jesucristo quiso unir con nosotros su vida, su cruz y su resurrección, como también su propia misión, llenándonos de gratitud, paz y solidaridad. Agradecimiento también por la manera admirable como su gracia y su vida han vivificado, santificado y enriquecido a la Orden con ardor misionero, sobre todo entre los pobres, y con amor de hermanos en el seguimiento de Francisco a lo largo de toda su historia; de manera especial durante el último sexenio.

Homilía

Para iluminar la búsqueda del hermano que Dios ha elegido para que sea Ministro general, hemos recordado en las lecturas algunos acontecimientos inseparablemente unidos a la elección que hizo Nuestro Señor Jesucristo de san Pedro, como ministro y servidor de todo el Pueblo de Dios, compuesto de hermanos menores suyos, unidos a él y entre sí por la nueva alianza en su sangre, alianza que conmemoramos y renovamos.

Probablemente nuestros criterios nos habrían conducido a elegir como primer Papa a San Juan, al discípulo que tenía tanta conciencia del amor de Jesús y que estaba con María junto a la cruz, cuando Cristo moría por nuestra salvación. De modo alguno habríamos escogido al apóstol que había escandalizado a sus compañeros, negando con juramento su pertenencia al grupo de los 12, de aquellos que habían sido elegidos para estar junto al Señor y Maestro, y para ser enviados a evangelizar. Muy probablemente ningún Cónclave hubiera elegido a Pedro. No habría tomado en cuenta que precisamente su amor, sus lágrimas y su arrepentimiento arraigaron su vida, inseparablemente, en la Roca y Fuente de agua viva, en el verdadero Pastor de la Comunidad de los condiscípulos de Jesús.

Como bien lo sabemos Pedro era un discípulo humilde. Del corazón le salió la confesión de su indignidad, arrodillándose ante Jesús, después de la primera pesca milagrosa. “Apártate de mí, que soy un pecador”. De inmediato, Cristo le dio la tarea de ser, sin temor, pescador de hombres. Para ello tenía que ser humilde. Fue la congoja por haberlo negado tres veces, la que lo hizo llorar amargamente, y después entristecerse cuando Jesús lo interrogó tres veces acerca de su amor, antes de confiarle su propio rebaño. Dios necesita que quienes él llama a ser pastores según el corazón de Cristo, sepan que son pequeños y pobres, y no antepongan nada a su amor y su conducción.

Jesucristo eligió a un hombre sincero y generoso, creyente y espontáneo, que supo acogerlo en su barca y apartarla con él de la orilla, cuando él se lo pidió. Simón abandonó las seguridades de tener la barca inmóvil sobre la arena, para adquirir la seguridad de navegar con Jesús, y de ser testigo de ese amor primero que a orillas del lago animaba a quienes le habían seguido hasta allí, haciendo arder sus corazones y sus esperanzas. Sobrecogido por los vínculos que crecían ante él entre el Señor y el despertar de su Pueblo, Pedro creyó en su palabra, remó lago adentro y echó las redes, si bien su experiencia meramente humana le aconsejaba decididamente lo contrario. Dios había escogido a un modesto pescador, capaz de llenarse de asombro, una y otra vez, por las obras, la sabiduría, la personalidad y el amor hasta el extremo de Jesús.

También ustedes buscan un Ministro general capaz de acoger siempre a Jesús, de apartarse de la orilla y remar mar adentro, y capaz de contagiarlos,

como Francisco, con el sobrecogedor asombro y la contemplación que despierta en nosotros quien vino y viene a nuestro encuentro, y pide un lugar en la barca del corazón y de las tareas, de la itinerancia, las comunidades y la oración; un lugar como Señor y Pastor, pero también como hermano sencillo en el pobre, y en todos los necesitados que comparten su cruz.

Ustedes le piden al Espíritu Santo que los ayude a encontrar el nombre de quien él ha designado para que sea instrumento de comunión y de paz, y así anime a los ministros provinciales, a los custodios y a los guardianes, como también a cada uno de ustedes por estos caminos de encuentro.

Hemos escuchado también otro episodio revelador de la vida de Pedro después de Pentecostés. No siempre es fácil comprender y estar disponible pobremente, sin pensamientos ni prejuicios propios, para acoger y asumir los golpes de timón con los cuales el Espíritu Santo guía la barca de la Iglesia y sus comunidades. Lo hemos escuchado en la primera lectura. Bien pudo haber recordado Simón Pedro lo que ya había escuchado de labios del Maestro: Que no hace impuro al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de su corazón, y que de esta manera Cristo había declarado puros todos los alimentos. Pero no, más le pesaba en su ánimo las costumbres de su época, justamente esas costumbres que el Espíritu quería abrogar. Pero el Espíritu es persistente cuando quiere provocar cambios y abrir caminos nuevos. Y el primer "señor Papa", en sus primeros pasos entre los paganos, después de haberse negado en un primer momento, fue capaz de seguir sus indicaciones, y así ser testigo del Pentecostés de los gentiles, abrirle el nuevo camino del bautismo a la familia del centurión Cornelio, como también de proclamar y defender en Jerusalén la acción del Espíritu y su propia obediencia. No actuó solo, había tomado consigo a compañeros, discípulos de Jesucristo y hermanos menores de Cristo como él.

Con razón un hermano capitular habló el día lunes de la relación inherente al carisma, no entre la espiritualidad franciscana y el mundo de los mercados y las finanzas, que aconsejan transferencias de capitales, búsqueda de altos intereses y aceptación de riesgos en el mercado de los valores materiales, pero sí entre la espiritualidad de Francisco y de sus hijos espirituales, y la relación con los bienes que Dios nos facilita, permaneciendo suyos, y la solidaridad con los pobres de este tiempo y de siempre. Uds. quieren asumir

la conducción del Espíritu, como también acompañar y entusiasmar a otros con los golpes de timón que él quiere dar con ustedes a la historia, para impulsar una nueva relación con la Creación y con los bienes, a fin de que nuestros pueblos tengan vida en Cristo. Pedimos para el nuevo Ministro general y su Definitorio la gracia de la obediencia y la audacia de Pedro, para reconocer los nuevos caminos que Dios sigue abriendo en nuestro tiempo, ya sea que provengan del pasado, o que manifiesten nuevos dones de Dios a la humanidad a partir de una vivencia más radical del Evangelio.

Naturalmente esa voluntad de avanzar por los caminos de Jesús, y de suscitar la compañía de muchos otros, como bien lo sabemos, no es tan sólo una tarea del Ministro general que será elegido. Es un compromiso de todos los hermanos de la Orden, acompañándolo a él a hacer propias las confesiones de Pedro. Hoy san Francisco los invita nuevamente a seguir a Jesús y a abrazar su cruz, a proclamarlo, no sólo esta mañana sino en todas las encrucijadas de los caminos y en la vida ordinaria, y a andar por los caminos de aquél a quien seguimos en obediencia, sin nada propio y en castidad, no simplemente como a un gurú más en nuestro tiempo, ni siquiera tan sólo como a un profeta sino, haciéndonos eco de las palabras de Pedro, como al “Cristo, al Hijo de Dios vivo”.

Y nunca olvidemos la consecuencia de esta confesión, cuando a nuestro alrededor vacila la cultura de raíces cristianas de muchos de nuestros pueblos, como vacilaron tantos discípulos de Jesucristo después de su discurso en la sinagoga de Cafarnaum sobre el Pan de Vida bajado del cielo. No lo olvidemos, cuando falsos profetas alaben los caminos lejos de Dios y contrarios a sus mandamientos, como los más prósperos para el futuro de nuestros pueblos. Seamos audaces con Pedro. Digamos con el Ministro general y con toda la tradición de la Orden: “Señor, ¿y a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna. Hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios.”

El Señor quiere que la Familia de Francisco y del señor Papa, al concluir el Capítulo salga hacia las diversas formas de periferias existenciales, y hacia las periferias geográficas, de dos en dos y de todas las formas en que se expresa la fidelidad al carisma en salida. Que salga a conducir al encuentro con Jesús, a contagiar con el gozo de ese encuentro, y a proclamar que sólo en Jesús el

mundo actual puede encontrar palabras sabias de vida eterna; es más, puede hallar la Vida eterna, y el Camino y toda la Verdad que conducen hacia ella, ya en nuestro tiempo.

Una última consideración. Lo que más necesitó Pedro para ser pastor, sería un profundo e indestructible amor a Jesús. Antes de encomendarle la tarea sorprendente de apacentar a sus ovejas, lo interrogó tres veces acerca de su amor. Digo que la tarea era sorprendente, porque hasta ese momento, seguramente pensaban Pedro y los demás apóstoles, que el único Buen Pastor era Cristo, el que había superado definitivamente la historia de los malos pastores de Israel.

¿Me amas? será la pregunta que Jesús le hará al nuevo Ministro General, no sólo hoy sino muchas veces, día a día, cada vez que le renueve la misión de ser pastor de su rebaño de Hermanos y Menores en nuestro tiempo.

Que el voto que cada uno de ustedes entregue no sea solamente un acto de obediencia a la inspiración del Espíritu Santo. Esto de todas maneras. Pero que además sea una oración por él y por la Orden, implorando para la Familia de los Hermanos Menores y personalmente para él, la bendición de Dios por intercesión de la Virgen Inmaculada. Y que también sea un acto de confianza en Dios y en él: en la bondad, la sabiduría y el poder de Dios, y en el amor filial y fraterno, generoso y fiel de quien sea llamado a hacer presente al Buen Pastor y a su querido hijo Francisco, hermano y fundador, padre, pastor e inspirador de la gran Familia franciscana, también en nuestro tiempo.